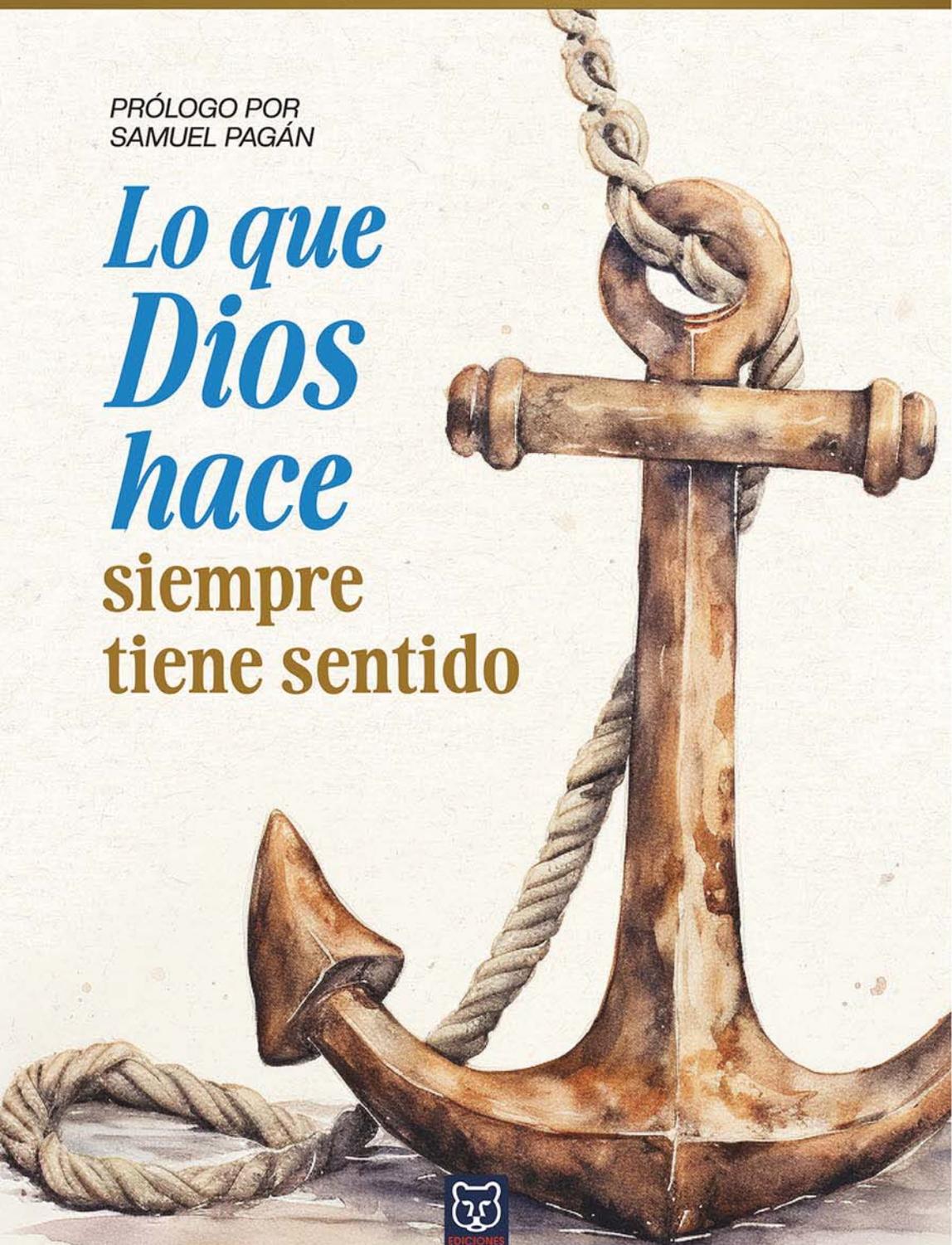


VÍCTOR A. VÁZQUEZ

PRÓLOGO POR
SAMUEL PAGÁN

*Lo que
Dios
hace*
siempre
tiene sentido



Lo que Dios hace siempre tiene sentido

VÍCTOR A. VÁZQUEZ

PRÓLOGO POR
SAMUEL PAGÁN

*Lo que
Dios
hace
siempre
tiene sentido*



A mi gran amigo el Dr. Samuel Pagán.
Hombre de fe inquebrantable, de convicciones firmes y justas. Digno representante del reino de Dios. Heraldo del Altísimo.
Has dejado una herencia invaluable en el mundo de la literatura cristiana y una huella en el corazón de todos los que te hemos conocido y recibido tus enseñanzas. ¡Nos conceda el Señor tenerte por muchos años más!

Contenido

Prólogo	11
Introducción	15
<i>Capítulo 1. Un viajero sin destino</i>	19
• ¿A quién enviaré?	20
• La tensión de la fe	22
• ¿Y cómo será esto, si...?.	23
• Una escalofriante encomienda	24
• El camino del dolor.	26
• Dios responde en el momento preciso.	27
<i>Capítulo 2. Im - ¡pedidos!</i>	29
• Santa curiosidad	31
• ¿Qué tienes en la mano?.	34
• A mí nadie me hace caso	34
• Encrucijada	36
• Dios entra en acción	40
• El canto de victoria	42
<i>Capítulo 3. Grita fuerte</i>	45
• Un líder no nace, se hace	46
• Primer obstáculo: el río Jordán.	50
• Josué recibe una doble encomienda.	51
• Segundo obstáculo: Jericó	52
<i>Capítulo 4. Cántaros y trompetas.</i>	57
• Varón esforzado y valiente.	59
• Gedeón acepta la encomienda	62
• El pequeño ejército de Gedeón.	63
• Con cántaros y trompetas	65
• Los hombres pelean sus batallas, pero la victoria es del Señor	67
<i>Capítulo 5. Con palos y piedras</i>	69
• Un llamado diferente	71
• El oficio de pastor	72

• Características de un pastor	73
• No es la apariencia, es el corazón	76
• Un rey sin trono	77
• Con palos y piedras.	79
• El Señor ha buscado un hombre que actúe como a él le agrada	82
<i>Capítulo 6. Uno contra todos, todos contra uno</i>	<i>85</i>
• Los héroes de David	86
• Sama el valiente	88
• El campo de lentejas	88
• Uno contra todos, todos contra uno	89
• ¡No cedas!.	90
<i>Capítulo 7. Cuervos amaestrados</i>	<i>93</i>
• Una espléndida pareja	95
• Nace un profeta: Elías el tisbita.	97
• La batalla de los dioses	98
• Elías es alimentado por los cuervos	100
<i>Capítulo 8. El cascarrabias.</i>	<i>103</i>
• La enfermedad de los campesinos	104
• Ver la salida del túnel	105
• Entre políticos y profetas	107
• El río de Dios	109
• Siete cosas que obstaculizaban la sanidad total de Naamán.	111
• El evangelio de la gracia.	113
<i>Capítulo 9. El catador de vinos</i>	<i>115</i>
• El hombre menos indicado	117
• La clave del éxito	119
• Nadie dijo que la tarea sería fácil	121
• Con una sola mano.	123
• La mejor estrategia de todas	124
<i>Capítulo 10. La fotografía</i>	<i>127</i>
• ¿Por qué a la gente buena le suceden cosas malas?	129
• Un cónclave celestial	130
• A veces recibimos menos de quienes esperamos más	133
• Gobierna tu entorno	134
• Reivindicado	136
• Ahora es el momento para sacar la fotografía	137
<i>Capítulo 11. Incomprendidos</i>	<i>139</i>
• Ignorados	140
• ¿Un llamado equivocado?	142
• El éxito a la manera de Dios	145
• El dulce fruto de la obediencia	147

<i>Capítulo 12. Inexplicable</i>	151
• La preexistencia de Cristo	153
• Cristo se rebajó voluntariamente	155
• Cristo se hizo esclavo	156
• Humillado hasta lo sumo	157
• Exaltado hasta lo sumo	159
• Inexplicable	161
• Profundo es el amor de Dios.	163
Bibliografía	165

Prólogo

Es con sumo placer que doy la más grata y cordial de las bienvenidas al nuevo libro del colega Víctor Ariel Vázquez, *Lo que Dios hace siempre tiene sentido*. La obra, que refleja el pensamiento teológico y pastoral de un buen ministro del evangelio, pone de manifiesto una serie de enseñanzas de gran importancia para vivir de manera liberada, con salud mental y espiritual. En efecto, este libro es una muy buena lectura para quienes anhelan vivir con sentido de dirección y seguridad en momentos en que la vida parece no tener sentido.

Uno de los desafíos más grandes de la existencia humana es enfrentar adversidades que no tienen sentido, que no parecen lógicas, que se hacen muy difícil de entender. Y el pastor Vázquez, aunque entiende que responder con sabiduría y seguridad a esas exigencias extraordinarias no es tarea fácil, presenta una serie de buenos ejemplos bíblicos, que pueden contribuir positivamente al proceso de toma de decisiones personales, familiares, comunitarias y profesionales.

De singular importancia en la obra del pastor Víctor están los ejemplos que utiliza para afirmar sus enseñanzas. Los contextos en los cuales se encuentran las narraciones bíblicas no deben ignorarse, pues reflejan dinámicas existenciales que pueden relacionarse con las personas y las vivencias que se experimentan en el siglo veintiuno. Y esa peculiaridad literaria e histórica, permite la construcción de puentes educativos entre las narraciones de las Sagradas Escrituras con la sociedad contemporánea.

Los personajes que utiliza nuestro buen colega para articular su escrito no son superhéroes, traídos de alguna novela o película de ciencia-ficción. Por el contrario, provienen de narraciones escriturales que reflejan las realidades de la vida, y que ponen claramente de

manifiesto los conflictos, las amarguras y los sinsabores que viven las personas. Además, revelan actitudes nobles y expresiones de fe que permiten trascender las agonías y las lágrimas, para superar de manera efectiva los escollos y salir airosos de sus adversidades. Y es de esa manera que el profesor Víctor Vázquez presenta sus ideas con sentido de dirección, claridad temática, y firmeza emocional y espiritual.

Los personajes bíblicos que Víctor utiliza en su libro son los siguientes: Abraham, Moisés, Josué, David, Elías y, finalmente, Jesús. La esencia teológica y pedagógica del libro es que todas estas narraciones bíblicas presentan a estos personajes obedeciendo a Dios en momentos de desafíos extraordinarios y en instantes de angustias extremas. En la hora de la adversidad extrema, estos personajes bíblicos respondieron a los desafíos de la existencia humana con seguridad, esperanza y valor. Confiaron en Dios en el momento adecuado y vieron los resultados positivos de la fe.

Un componente teológico, educativo y pastoral de importancia —y también existencial— de este buen libro, se relaciona con la comprensión humana de la voluntad divina. El gran reto que el pastor Vázquez presenta a los lectores es uno muy directo y práctico: ¿Qué deben hacer los creyentes ante el descubrimiento de la voluntad de Dios? ¿Esperar a entenderla bien o actuar con fe anticipando el futuro? ¿Cómo deben actuar las personas de fe ante los grandes retos de la vida cuando se debe vivir a la altura de los valores del reino? Y añada nuestro buen autor, desde una muy clara perspectiva pastoral, sobria y sabia, que se debe decidir y actuar de acuerdo con la voluntad de Dios, aunque no se descubra sentido pleno en esas decisiones.

El pastor Vázquez desafía a sus lectores a dar un paso de fe y descubrir que, lo que aparentaba no tener sentido, lleva al triunfo en la vida y al descubrimiento de nuevas posibilidades de la existencia humana. Y esas decisiones fundamentadas en la fe permiten vivir vidas liberadas, transformadas, restauradas, y con buena salud mental y espiritual.

Este libro del pastor Vázquez puede constituirse en buena lectura paragente madura en la fe, que desea comprender algunas complejidades de la vida; además, las personas nuevas en las congregaciones pueden descubrir enseñanzas y valores que les orienten en momentos de indecisión, desafíos e inseguridades. También esta obra puede ayudar

a quienes tienen ministerios pastorales y educativos a comprender mejor algunos pasajes bíblicos, que posteriormente pueden utilizar en sus enseñanzas y predicaciones.

Agradezco a Víctor Vázquez, que es mi estudiante doctoral en el Seminario Teológico Fuller, el privilegio de prologar este buen libro, que estoy seguro será de gran bendición a creyentes de diversos trasfondos y experiencia de vida, a crecer, disfrutar y compartir la fe.

Gracias, Víctor, y gracias, lectores que van a ser bendecidos con la lectura de este nuevo libro.

Dr. *Samuel Pagán*
Clermont, Florida
30 de julio de 2024

Introducción

*Hay quienes piensan que hablar de la muerte de Cristo
en la cruz es una tontería...
Mas, para los que sí van a salvarse, es decir, para nosotros,
ese mensaje tiene el poder de Dios.*
Saulo de Tarso

Todos, sin excepción, hemos recibido en algún momento dado de nuestra vida cristiana una encomienda, un mandato, una ordenanza, una misión o una tarea de parte de Dios. Y, no me cabe duda de que para la mayoría de nosotros no ha habido ningún problema con obedecer y cumplir desprendidamente y de manera ferviente la misión asignada.

El problema está, cuando dicha encomienda raya, según nuestra concepción humana, con la improbabilidad, con que no parezca tener sentido, aparente ser ridículamente absurda, descabellada y hasta ilusoria; pero que, aun así, Dios insiste en que se debe realizar al detalle, tal y como lo ha ordenado.

En muchas ocasiones, estas últimas nos paralizan. Nos plagan de dudas al punto de insistirle a Dios que nos confirme una y otra vez (las señales del vellón mojado y seco, aludiendo al relato de Gedeón de Jueces 6) lo que claramente desde el principio él nos ha ordenado, para que finalmente podamos cumplir con dicha encomienda. ¿Te ha sucedido alguna vez? ¡A mí sí, y a muchos otros que conozco!

El libro que tienes en tu mano no solo responderá a estas y otras interrogantes, sino que te inspirará para que en el nombre de Jesucristo

puedas alcanzar gloriosas victorias, lograr triunfos avasalladores y realizar proezas inimaginables.

Es por ello que este libro no es común y corriente. Fue escrito pensando en gente como tú, sensible a la voz de Dios, que desea ardentemente cumplir el propósito de tu existencia, y caminar por la senda que el inmensurable Dios creador del universo te ha trazado.

No estoy diciendo que la tarea será fácil y que el esfuerzo requerido es nimio. Para esta misión, se requiere una total y desprendida obediencia con la humildad y sencillez de corazón necesarios para alcanzar el éxito. Y, no tengo dudas, mi querido/a amigo/a de que cumples con ello, o, por lo menos, estás en proceso de alcanzarlo.

Este libro también desafía la fe tradicional. La fe que se enclaustra en la forma en que pensamos que Dios debería responder o accionar en la historia humana. Nos lleva a ver a un Dios tan diverso como las gotas de agua que durante la lluvia mojan el suelo, y tan creativo como el pintor que con su pincel plasma en el lienzo las imágenes más encantadoras, hermosas e inimaginables para el deleite del ojo humano.

Esa fe, unida a la obediencia, producirá resultados sorprendentes e inimaginables que te inspirarán a hacer lo que sea que Dios te pida, con el fin de manifestar su gloria sea manifestada y establecer su voluntad.

La Biblia está repleta de historias como estas, donde Dios escogió a gente común y corriente y luego les encargó que realizaran hazañas que al principio eran extremadamente incomprensibles, ridículas, escandalosas y hasta descabelladas. Sin embargo, aprendemos de cada una de ellas que, cuando las personas escogidas obedecían el mandato divino, pese a no entender las razones de tal encomienda, lograban alcanzar grandes y sorprendentes victorias, cumplieron innumerables proezas y realizaron obras extraordinarias que impactaron positivamente no solo sus propias vidas, sino también la de miles de personas.

Esto nos demuestra que, aunque por nuestra limitada concepción no podamos alcanzar a entender los designios de Dios, puesto que son insondables, podemos estar tranquilos y confiados, pues como dice el profeta: «sus planes siempre son de bienestar y no de calamidad a fin de darnos un futuro lleno de esperanza» (Jeremías 29.11).

Estos héroes de la Biblia, de los que aquí hablaremos, marcaron la historia con sus hazañas: Abraham lo dejó todo sin saber a dónde

iba y se convirtió en el padre de la fe. Moisés, con tan solo una vara logró que el faraón dejara libre a su pueblo. Josué no hizo más que caminar alrededor de las murallas de Jericó, y estas cayeron al suelo. Con tan solo romper unos cántaros y sonar unas trompetas, Gedeón hizo huir despavorido a todo un ejército. Con una honda y una piedra el joven David derribó a un gigante llamado Goliat. Y, qué si te digo que un catador de vinos de nombre Nehemías reconstruyó los inmensos muros de Jerusalén. ¿Crearías que Dios amaestró unos cuervos para que le llevaran pan y carne al profeta Elías? O, que Eliseo le ordenó al leproso Naamán que se sumergiera siete veces en el río Jordán y su lepra desaparecería tal como lo predijo. Y qué pensar de Sama el ararita, quien, sin apoyo alguno defendió con valentía y determinación una pequeña parcela de lentejas, haciendo huir a una bandada de sicarios que lo amenazaban. Y, finalmente, el más grande de todos, Jesús el Mesías; quien, en su encarnación se despojó de su gloria y majestad a la diestra del Padre, para entregar su vida en propiciación por nuestros pecados; vencer con su resurrección al que tenía el poder de la muerte (Satanás), y tras su victoria ser exaltado hasta lo sumo, otorgándosele un nombre que es sobre todo nombre.

Todos, sin excepción, obedecieron al Dios del cielo aun cuando su encomienda parecía inverosímil, sin embargo, ahí están los resultados.

¿Y tú mi querido/a amigo/a, qué vas a hacer? ¿Te quedarás sentado esperando entender los planes de Dios para tu vida o te levantarás y caminarás hacia adelante a la mayor aventura de fe que jamás hayas imaginado?

Te desafío en este día, a que en nombre del Señor Jesucristo hagas algo que parezca sin sentido como las historias que describiremos en estas páginas. Únete a aquellos valientes hombres y mujeres de Dios que han enfrentado el ridículo o hecho cosas unimaginables y hoy ven el buen fruto de su fe activa. ¡Vamos! Ora declarando sanidad a un enfermo de cáncer. Profetízale a un adicto a las drogas que Dios lo convertirá en evangelista. Dile a una mujer estéril, que para el próximo año abrazará a un hijo. Y a un alcohólico, que en vez de licor se embriagará con el Espíritu Santo... No tengas temor, ¡El poder de Dios es ilimitado!

¡Dios es más grande de lo que jamás podríamos imaginar! Recuerda, no tienes que conocerlo todo ni siquiera tratar de tener el control en lo

que emprendas, solo sé obediente hasta el final, deja que Dios tome el control. Él sabe lo que hace. Y cuando triunfes y sobrepases todas las barreras en el camino, comprenderás que *lo que Dios hace siempre tiene sentido*, pues él conoce el final desde el principio.

Víctor Ariel Vázquez

Capítulo 1

Un viajero sin destino

El Señor le dijo a Abram:

*«Deja tu tierra, tus parientes y la casa de tu padre,
y vete a la tierra que te mostraré».*

Génesis 12.1, NVI

Cuando el evangelista argentino Carlos Annacondia recibió el llamado del Señor, trabajaba para una empresa familiar que generaba grandes ingresos anuales. La vida le sonreía y no tenía necesidad de nada. En respuesta a su llamado, Carlos decide renunciar a todos sus beneficios con tal de obedecer la encomienda de predicar el evangelio, aunque nunca había predicado ni sabía por dónde empezar o hacia dónde dirigirse. Al principio, su familia, sus compañeros empresarios, sus amigos políticos y otros, trataban de persuadirle haciéndole ver que su decisión lo llevaría a la bancarrota. Incluso, algunos llegaron a pensar que Carlos se había desconectado de la realidad, que se había vuelto loco.

Carlos, sin embargo, decidió obedecer a Dios a costa de su propio bienestar económico y social. Al principio de su trayecto, tuvo que enfrentar una infinidad de obstáculos, pero este valiente hombre había decidido creerle a Dios y nada haría que dé marcha atrás. Desde el día en que Dios le llamó hasta hoy, han pasado más de cuarenta años, y este gran hombre de Dios ha recorrido el mundo predicando a Jesucristo y miles de almas han alcanzado la salvación por medio de su ministerio evangelístico. Si Carlos no hubiera respondido al llamado de Dios, tal vez esas vidas no hubiesen conocido al Señor

y los grandes avivamientos que se produjeron en Argentina, producto de su ministerio junto con el de otros, no se hubiesen alcanzado.

Ciertamente, este gran hombre de Dios es un vivo ejemplo de lo que en este capítulo queremos compartir. Que no importa cuán tonta, improbable o hasta ridícula pudiera parecer ante nuestra razón humana un mandato divino, la obediencia traerá como resultado una irrupción de poder del Espíritu Santo, milagros y prodigios sorprendentes.¹

¿A quién enviaré?

Y oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Entonces respondí: Heme aquí; envíame a mí.

Isaías 6.8

Desde que entró el pecado al mundo, los seres humanos han persistido en seguir sus propios deseos en lugar de confiar en la guía de Dios. Todos han decidido desobedecer a Dios una y otra vez, y esto trajo como resultado el sufrimiento, las enfermedades, el dolor, el egoísmo, la violencia y finalmente la muerte. La raza humana llegó a ser tan corrupta que Dios la arrasó toda, excepto a un puñado de vidas: Noé y su familia (ver Génesis 6-9).²

De continuo, la humanidad en su desenfrenado egocentrismo y su deseo de satisfacer sus impulsos pecaminosos cayó en una condición moral que no era mejor que la anterior. Dios pudo haberle dado la espalda a su creación y abandonarla a su ignorancia autodestructiva, sin embargo, no lo hizo. En su infinito amor y misericordia decidió una vez más buscar al ser humano para hacer de él su pueblo.

Para realizar su plan divino y redimir al mundo, Dios decidió comenzar con un hombre. Él haría de ese hombre un modelo receptor de la gracia salvadora y lo establecería como el padre fundador de una nación nueva y única. Con el tiempo, conforme el plan se iba

¹ En su libro *¡Oírme bien, Satanás!* el evangelista Carlos Annacondia habla sobre su llamado y ministerio.

² Charles Swindol, *Abraham: La increíble jornada de fe de un nómada* (Illinois: Tyndale House, 2015), 2.

desarrollando, esa nación llegaría a ser el medio por el que todo el mundo podría enterarse del verdadero Dios Salvador y regresar a él.³

El hombre con el que Dios comenzó su plan redentor se llamaba Abram (heb. *padre excelso*), nombre al que respondió hasta los primeros 99 de sus 175 años, pero que el Señor cambió a Abraham, que en hebreo significa «padre de multitudes». Según la Biblia, Abraham es oriundo de «Ur de los caldeos» (Génesis 11.28). La tierra de los caldeos, conocida también como Mesopotamia, estaba ubicada en el Irak de la época actual y, en el tiempo en que Abram fue llamado, era una ciudad sumamente idólatra, en la que abundaban los dioses relacionados a la naturaleza, como el sol, la luna, la tierra, el viento, etc. (Josué 24.2).

A pesar de ello, cuando Dios se le apareció a Abraham, no le presentó una declaración doctrinal ni requirió rituales ni le planteó demandas, sino que le hizo un ofrecimiento. No le dijo que él era el único Dios que existía ni le exigió que dejara de adorar a cualquier dios que estuviera adorando su familia. No le dijo que se librara de los ídolos ni proclamó que vendría un Mesías para salvar a la humanidad. Por el contrario, dijo que le daría algo a Abraham si éste estaba dispuesto a abandonar algunas cosas no muy pequeñas antes de aceptar o rechazar la encomienda divina.

Aunque no se nos da ninguna indicación de que el Señor explicara o exigiera una creencia monoteísta ni que Abraham respondiera con ella, es claro que el culto a Dios dominó la experiencia religiosa de Abraham. Al romper con su tierra, su familia y su herencia, también se desligaba de sus vínculos religiosos, porque las deidades tenían un vínculo con las divisiones geográficas, políticas y étnicas. En su nueva tierra, Abram no tendría dioses territoriales, como nuevo pueblo no habría llevado dioses familiares, ni tendría dioses de su nación o ciudad y fue el Señor quien llenó este vacío cuando se volvió el «Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob».⁴

Antes del llamado a Abram, su padre Taré se había mudado a Harán y se llevó consigo a Abram junto a su esposa Sarai y a su sobrino huérfano Lot. Fue en Harán cuando Dios se le reveló a Abraham por

³ *Ibid.*

⁴ John H. Walton, *et al.*, *Comentario al contexto cultural de la Biblia* (Texas: Mundo Hispano, 2004), 38.

primera vez y le hizo una sorprendente promesa. Si le obedecía con fidelidad, por medio de él y sus descendientes bendeciría a todas las naciones de la tierra. No obstante, para que esto sucediera, Abram tenía que abandonar todo lo que hasta este momento era importante para él. «Vete de tu tierra y de tu parentela, y de la casa de tu padre, a la tierra que te mostraré» (Génesis 12.1-3).

La tensión de la fe

Este llamado podría parecer un tanto alocado y hasta ridículo si se considera desde la racionalidad humana. Para Abraham, obedecer a Dios implicaba que tenía que abandonar todo aquello que le era familiar, sus amigos, la mayor parte de su familia y todo lo que él creía que le daba seguridad, prosperidad y paz, a fin de salir al desierto, hacia un destino incierto, para obedecer a un Dios que acaba de conocer y que lo primero que le pide es que lo abandone todo por él. Dios le estaba pidiendo que renunciara por él a casi todas las esperanzas del mundo y a las cosas que anhelan los seres humanos. Creo que con tan solo pensar en semejante solicitud divina a muchos cristianos de hoy se les encresparía hasta el último cabello del cuerpo.

No hay duda de que en la mente de Abraham hubo un mar de interrogantes sin respuestas ante tamaña petición. Sin embargo, a pesar de su limitada concepción de la voluntad divina, Abraham decidió obedecer. «Y creyó Abraham a Dios, y le fue contado por justicia, y fue llamado amigo de Dios» (Santiago 2.23). Dios lo envió, y él fue, aunque «salió sin saber a dónde iba» (Hebreos 11.8).

Ahí reside la tensión de la fe: dejar lo que es seguro por algo solo posible, colgado de la palabra de Dios. Al empobrecimiento total se suma el riesgo de fiarse de alguien que bien pudiera no existir, y perderlo todo por nada. Se exige una fe activa: Abraham no se queda a la espera de que el Señor realice sus promesas, sino que se pone en camino para buscar la tierra que, al fin y a la postre, es búsqueda de Dios y del sentido que tiene la vida compartida con él. Así de radical y absoluta es la fe y la confianza que el Señor exige.⁵

⁵ Juan Guillén Torralba, *Comentario al Antiguo Testamento 1* (Madrid: Verbo Divino, 1999), 138.

Por eso, la conversión de Abraham queda registrada como una de las más notables en la historia bíblica. Su obediencia al Dios del cielo daría como resultado que todas las naciones fuesen bendecidas por medio de su familia, de su descendencia (Génesis 12.7). Es importante notar que por el milagro de las lenguas en Babel los hombres fueron esparcidos, y gradualmente se apartaron de la verdadera religión (ver Génesis 11.1ss). Y, por otro milagro, el llamamiento de Abraham, las barreras nacionales fueron echadas abajo para que todos los hombres pudiesen ser traídos de nuevo a Dios.

De nuevo el caos y de nuevo el Señor interviene en la historia por medio de su palabra, con una orden y una promesa. Llama a un hombre y, en él, elige a un pueblo. Elección que no es un privilegio, sino la invitación a realizar una tarea difícil: ser puente entre los hombres y Dios. Abraham es el «hombre nuevo», padre de la humanidad cuyo culmen será Jesús.⁶

«Partió Abraham como le había dicho el Señor» (Génesis 12.4): en un solo verbo cabe toda la audacia del creyente. En el texto hebreo, al verbo de la orden responde el de la obediencia; es la respuesta del que se fía. Nada de explicaciones. El texto quiere que el oyente descubra lo que pasa por el interior del héroe de la fe viéndole actuar. Un verbo lo dice todo, «partió»: confianza, aceptación del riesgo, marcha hacia lo desconocido y obediencia a la palabra de Dios.

La respuesta de Abraham al llamado divino para dirigirse a otras tierras ha cautivado la imaginación de muchos buscadores de la voluntad de Dios. Su viaje por fe no fue un fantástico cuento de hadas, sino que tiene el sello de una lucha a muerte contra un mundo hostil, el hambre y algunas rencillas familiares (Génesis 13.6-12). Abraham sufrió reveses, pero perseveró en su empeño de lo que él creía era la voluntad de Dios, esto es, llegar a Canaán, hoy conocida como Palestina, tierra a la que lo envió el Señor para que la poseyera y se fructificara en ella.

¿Y cómo será esto, si...?

Al parecer todo marchaba miel sobre hojuelas, camino a la tierra que Dios lo envió. Sin embargo, junto con los problemas que tuvo que

⁶ *Ibid.*

enfrentar en el camino se añadía otro, que amenazaba con entorpecer esta y otras promesas hechas por Dios a este valiente hombre; su esposa Sarai era estéril, y él ya era muy viejo para entenderlo. Para este tiempo, en la mentalidad oriental, no tener prole significaba que la deidad en la que creían los había abandonado. Con todo y esto, Abraham decidió creer en esperanza contra esperanza y esperó pacientemente el cumplimiento de la promesa que le hizo el Señor de que su descendencia sería muy numerosa.

Luego el Señor lo llevó afuera y le dijo: Mira hacia el cielo y cuenta las estrellas, a ver si puedes. ¡Así de numerosa será tu descendencia!

Génesis 15.5

Sin embargo, a medida que los años se convertían en décadas, la promesa divina se iba haciendo cada vez más difícil de creer. Finalmente, después que Abraham cumplió más de cien años y Sarai más de noventa (Génesis 17.17; 21.5), ésta dio a luz a un hijo, Isaac. Tras la promesa de que esta tendría un hijo, lo que fue un tremendo milagro dado a su longevidad, el Señor le cambió el nombre de Sarai por el de Sara que significa «princesa» (Génesis 17.15).

Se veía con toda claridad que se trataba de una intervención divina, de manera que el nombre de Isaac significa «risa», como referencia, tanto al gozo de sus padres, como a lo difícil que les había sido creer que Dios les daría algún día lo que les había prometido.⁷

Una escalofriante encomienda

Muchas parejas que desean tener un hijo piensan que tener ese hijo que tanto desean les resolvería todos sus problemas, pero las cosas nunca son así. Los que leen Génesis 12-21 podrían pensar de igual manera, creyendo que el nacimiento de Isaac sería el punto culminante y último capítulo de la vida de Abraham. Su fe había triunfado. Ahora podría morir feliz, después de haber cumplido con el llamado de Dios de salir de su tierra de origen y abrazar el hijo varón que Dios le había concedido tener. Pero entonces, para sorpresa de todos,

⁷ Timothy Keller, *Dioses falsos* (Miami: Vida, 2011), 31.

Abraham recibió de Dios un llamado más. Y no habría podido ser más sorprendente.

Toma ahora a tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré.

Génesis 22.2

Aunque lo desconocía por completo, a Abraham le faltaba enfrentar la peor de todas sus pesadillas. Dios decide poner a prueba su fe con una escalofriante encomienda, ofrecer a su amado hijo Isaac, el que le había sido dado como el heredero de la promesa, y sacrificarlo como ofrenda quemada en una de las montañas que se le mostraría. Esta orden no surgió de su propio corazón, no fue un pensamiento sugerido en vista de los sacrificios humanos de los cananeos, para que ofreciera un sacrificio similar a su Dios; ni tampoco se originó por el tentador del mal. La palabra vino del Dios personal y verdadero al que había obedecido en todo, pero que ahora le está demandando el sacrificio de su amado hijo Isaac, como prueba y testimonio de su fe. Por supuesto, Abraham pensaría que aquella orden no tenía sentido alguno, y que contradecía todo lo demás que Dios le había dicho para su vida, que sería padre de multitudes, y que por medio de su descendencia serían benditas todas las naciones y, sin embargo, aun sabiendo la irracionalidad de la encomienda, Abraham volvió a demostrar los quilates de una fe radical y obedeció.

A veces, los procesos por los que Dios nos hace pasar son incomprensibles. Como hombres y mujeres vulnerables y finitos que somos, podemos llegar a pensar que, si amamos al Señor con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, con toda nuestra mente y con toda nuestra fuerza, nada malo podrá sucedernos. Jesús, sin embargo, nunca prometió que si somos fieles a él todo nos saldría bien en cada instante de nuestras vidas. Por el contrario, en sus propias palabras citadas por el autor del evangelio de Juan nos dice: «Estas cosas os he hablado para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis aflicción; pero confiad, yo he vencido al mundo» (Juan 16.33). Esto significa que mientras vivamos en esta tierra, tanto justos como pecadores, sufriremos los estragos de las tormentas, los terremotos, los tsunamis, las guerras y las vicisitudes que como seres humanos nos llegan con

demasiada frecuencia. La clave está en que, a pesar de esta realidad existencial en el Señor, tendremos la paz y la seguridad que solo Dios puede darnos. «Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno; porque tú estarás conmigo: tu vara y tu cayado me infundirán aliento» (Salmo 23.4).

Creer cuando todo nos está saliendo de maravillas es tarea fácil. Pero, creer cuando en nuestro mundo todo está patas arriba, cuando no parece haber solución para nada o, como en el caso de Abraham, Dios nos pide que renunciemos a lo que más amamos con tal de hacer su voluntad, eso es tarea sumamente difícil, aunque necesaria. «Dios siempre tiene la razón». Y, conoce la tendencia humana de reemplazarle por las cosas que valoramos. Por ejemplo, con el joven rico fue su dinero (ver Marcos 10.21-22) y en el caso de Abraham fue su hijo Isaac.

Del relato bíblico se desprende que Abraham amaba a Isaac más que ninguna otra cosa en el mundo. Cuando Isaac nació, Abraham sintió que entonces su comunidad vería por fin que él no había sido un necio al renunciar a todo para confiar en la palabra de Dios. Por fin tendría un heredero; aquello que todos los patriarcas del Oriente Medio querían en la Antigüedad. ¡Había esperado y se había sacrificado, y por fin, su esposa Sara le había dado descendencia, y era varón!

Pero ahora, como bien señala Timothy Keller, cabe preguntarnos: ¿Había estado esperando y sacrificándose para Dios o para el niño? ¿Acaso Dios solo era el medio para conseguir un fin? En última instancia, ¿a quién le estaba dando Abraham su corazón? ¿Había aprendido a confiar solo en Dios, a amar a Dios por lo que él es, y no solo por lo que podría obtener de él? No; todavía no.⁸

El camino del dolor

Abraham tenía que demostrar ahora que realmente estaba dispuesto a hacer cualquier cosa por obedecer a Dios. Sin tomar consejo de hombre alguno, Abraham comenzó temprano por la mañana (ver Génesis 22.3-8), con su hijo Isaac y dos siervos, para obedecer el mandato divino; y al tercer día (porque la distancia de Beerseba hasta Jerusalén es de veinte

⁸ *Ibid.*, 32.

horas y media aproximadamente); vio a la distancia el lugar mencionado por Dios, la tierra de Moriah.

Cuando tuvo a la vista el distante monte, Abraham dejó a los siervos con el asno, para poder realizar la última y más difícil parte del viaje solo con su joven hijo Isaac, y, como dijo a los siervos: «yo y el muchacho iremos hasta allí y adoraremos, y volveremos». Los siervos no debían ver lo que sucedería allí, porque no podrían entender esa «adoración», y el tema incluso para él estaba envuelto en la más profunda oscuridad, a pesar de haber dicho: «y volveremos a vosotros».

La última parte del viaje está circunstancialmente descrita en los versículos 6-8, para mostrar cuán fuerte conflicto produjo cada paso en el corazón paternal del patriarca. Van los dos juntos, él con el fuego y el cuchillo en la mano, y su hijo con la leña para el sacrificio sobre su hombro. En ese instante, habló Isaac a Abraham su padre, y le hizo la pregunta más desgarradora que un hijo le pudiera hacer a un padre descorazonado: «Padre mío, he aquí el fuego y la leña; mas ¿dónde está el cordero para el holocausto?» Y el padre no responde: «tú eres el sacrificio, hijo mío», sino que dijo: «Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío».⁹

Dios responde en el momento preciso

Habiendo llegado al lugar indicado, Abraham construyó un altar, puso la leña sobre éste, ató a su hijo y lo tendió sobre la leña del altar, entonces tembloroso y sin aliento estiró su mano y tomó el cuchillo para sacrificarlo.

En este momento funesto, el cielo guardó silencio. Las aves no cantaban. El viento dejó de soplar. Los ríos detuvieron su caudal. Y la Osa, el Orión y las Pléyades lloraban juntos al angustiado padre. Cuando Isaac yacía atado como un cordero sobre el altar, a punto de recibir el golpe fatal, el ángel del Señor llamó a Abraham desde el cielo para que se detuviera, y que no le hiciera daño al muchacho. Porque ahora el Señor sabía que Abraham era temeroso de Dios, y que la obediencia de su fe se extendía incluso al punto de sacrificar a su hijo

⁹ Keil & Delitzsch, *Comentario al texto hebreo del Antiguo Testamento*. Tomo 1 (Barcelona: CLIE, 2008), 117.

amado. El sacrificio ya se había completado en su corazón, y había satisfecho los requisitos de Dios por completo. Él no debía sacrificar a su hijo, por tanto, Dios evitó el cumplimiento externo del sacrificio por una intervención inmediata, y le mostró un carnero, que él vio, probablemente cuando se percató de un ruido entre las ramas, debido a los cuernos trabados en un zarzal; y como una ofrenda provista por Dios mismo, lo sacrificó en lugar de su hijo.¹⁰

Dios respondió en el momento preciso porque Abraham manifestó y sostuvo su fe mediante grandes sacrificios, teniendo paciencia y negándose a sí mismo en una obediencia tal que con ella llegó a ser el «padre de todos los creyentes [...] y su fe le fue contada por justicia» (Romanos 4.11). Finalmente, el viajero sin destino encontró el camino por donde debía transitar. Desde entonces, millones de personas en todo el mundo siguen las pisadas de la fe que tuvo nuestro padre Abraham.

¹⁰ *Ibid.*

Este libro está escrito para personas como tú, sensibles a la voz de Dios y con el anhelo de cumplir su propósito en la vida. Te invitará a desafiar la fe tradicional y descubrir a un Dios tan diverso como las gotas de lluvia, y tan creativo como el artista que plasma imágenes sublimes en un lienzo.

Te inspirará a buscar una fe pura y obediente que produzca resultados sorprendentes, llevándote a seguir la voluntad de Dios, incluso cuando parezca incomprensible. Este libro te desafiará a creer más allá de lo visible, confiando en que, en el nombre del Señor Jesucristo y con la inspiración del Espíritu Santo, podrás realizar obras extraordinarias para tu hogar y tu prójimo, como lo hicieron los grandes héroes de la Biblia.

Recuerda, ¡Dios es más grande de lo que jamás podríamos imaginar! No necesitas controlarlo todo, solo sé obediente y permite que Dios guíe tus pasos. Él sabe lo que hace. Y cuando superes todos los obstáculos, entenderás que lo que Dios hace siempre tiene sentido.

Este libro del pastor Vázquez puede constituirse en buena lectura para gente madura en la fe, que desea comprender algunas complejidades de la vida; además, las personas nuevas en las congregaciones pueden descubrir enseñanzas y valores que les orienten en momentos de indecisión, desafíos e inseguridades.

Dr. Samuel Pagán



Víctor A. Vázquez es pastor de la Iglesia Cristiana (Discípulos de Cristo). Su esposa, Norma Iris, y él viven en Puerto Rico. Conferenciante y autor de varios libros. Posee una Maestría en Divinidad (M.Div.) del Seminario Evangélico de Puerto Rico. Cursa un Doctorado en Ministerio (D.Min.) en Teología Pneumatológica y Misión del *Fuller Theological Seminary*.

ISBN 978-612-5026-44-6



9 786125 026446



RELIGIÓN / VIDA CRISTIANA